
Medievalismo en Extremadura

Estudios sobre Literatura y Cultura Hispánicas
de la Edad Media

Jesús Cañas Murillo
Fco. Javier Grande Quejigo
José Roso Díaz (Eds.)

Medievalismo en Extremadura
Estudios sobre Literatura y Cultura Hispánicas
de la Edad Media



Cáceres
2009

MEDIEVALISMO en Extremadura : Estudios sobre Literatura y Cultura Hispánicas de la Edad Media / Jesús Cañas Murillo, Fco. Javier Grande Quejigo, José Roso Díaz (Eds.). — Cáceres : Universidad de Extremadura, Servicio de Publicaciones, 2009

XXII, 1310 pp. ; 17 × 24 cm.

ISBN 978-84-7723-879-9

1. Literatura medieval-historia y crítica. I. Cañas Murillo, Jesús (Ed.). II. Grande Quejigo, Javier (Ed.). III. Roso Díaz, José (Ed.). IV. Título. V. Universidad de Extremadura, Servicio de Publicaciones, ed.

82.09"04/15"

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



© Jesús Cañas Murillo, Fco. Javier Grande Quejigo y José Roso Díaz, de la edición, 2009

© De los autores, 2009

© Universidad de Extremadura-Grupo "Barrantes Moñino", para esta 1.^a edición, 2009

Ilustraciones de cubierta: miniaturas de cancioneros del siglo XIII (Biblioteca Vaticana y Biblioteca Nacional de Francia) recogidas en el libro de Martín de Riquer, *Vidas y retratos de trovadores. Textos y miniaturas del siglo XIII*. Barcelona, Círculo de Lectores-Galaxia Gutenberg, 1995.

Edita:

Universidad de Extremadura. Servicio de Publicaciones

Plaza de Caldereros, 2. 10071 Cáceres (España)

Tel. (927) 257 041; Fax (927) 257 046

E-mail: publicac@unex.es

<http://www.unex.es/publicaciones>

I.S.B.N.: 978-84-7723-879-9

Depósito Legal: M-52.674-2009

Impreso en España - *Printed in Spain*

Impresión: Dosgraphic, s. l.

LARGUEZA Y DON EN BLANCO EN LÓPEZ DE AYALA Y FROISSART (HISTORIA Y LITERATURA)

Fernando Carmona Fernández
Universidad de Murcia

La figura de don Quijote seduce al lector, como a los personajes de ficción que lo rodean por su ambigüedad, presentándose como loco y como el más cuerdo y juicioso. Nuestro caballero andante se manifiesta sucesor de los ficticios caballeros artúricos¹ y, a la vez, de los caballeros históricos contemporáneos que enumera al canónigo a finales de la primera parte cuyas «hazañas hechas por caballeros cristianos, éstos y de los reinos extranjeros, tan auténticas y verdaderas, que torno a decir que el que las negase carecería de toda razón y buen discurso»².

Con las palabras de su personaje, Cervantes nos introduce en el tema de la ambigüedad de nuestra conciencia de lo real. De la difícil frontera entre realidad y ficción. Y en particular, en la idealización caballerescas tan intensamente vivida en los últimos siglos de medievales. Don Quijote afirma ser uno de los últimos caballeros artúricos (ficción) y también uno de los caballeros históricos que hasta su tiempo no han dejado de protagonizar hechos de armas y brillar en torneos (realidad).

Curiosa y paradójicamente, desde el siglo XIII, se inicia la crisis de la sociedad caballerescas cortés y de su literatura, ensombrecida por otra literatura de carácter realista, burgués y de ideología monárquica; y es, entonces, cuando una especie de *delirio* caballeresco se va apoderando de monarcas y grandes príncipes. El comportamiento caballeresco feudal acarreará solemnes derrotas en la Guerra de los Cien Años: Crézy (1346), Poitiers (1356) o Azincourt (1415). Los monarcas franceses no saldrán de su *delirio* caballeresco³. Se suceden espectáculos y fiestas que intentan enajenar en el antiguo e ideal mundo caballeresco por el *travestismo* de la realidad: «El

¹ F. Sevilla Arroyo-A. Rey Hazas (eds.), 1993: I, xiii, 135-136.

² F. Sevilla Arroyo-A. Rey Hazas (eds.), 1993: I, xlix, 511-512.

³ «La estética del gesto –escribe D. Poirion– encierra desgraciadamente a la caballería en una especie de delirio. El rey y su nobleza son víctimas de la literatura épico-novelesca que los intoxica», D. Poirion (1971: 18). J. Huizinga señaló que «el interés estratégico y la táctica son casi siempre incompatibles con las ideas caballerescas» y pone varios ejemplos de este comportamiento (1967: 159). Carlos VI se entrega a grandes fiestas. Con motivo de ser armados caballeros dos jóvenes príncipes, en mayo de 1389 se suceden veladas de armas, justas, damas que presentan a los caballeros. Hay quien se hace pasar por el rey Arturo resucitado (Ulrich de Liechtenstein, 1240). Carlos VII (1445) justa con los colores de del caballero de Lusignan imitando la ficción literaria. Al año siguiente, René d'Anjou organiza pasos de armas en recuerdo de Lancelot. Las cortes de Berry, de Orléans o de Borgoña rivalizan en estos juegos para afirmar su prestigio. Felipe el Bueno se presenta como un nuevo rey Arturo presidiendo las hazañas de sus caballeros, a cuya corte acude Jacques de Lalaing a dar cuenta de sus proezas como un caballero de la Mesa Redonda.

modelo artúrico emborracha a una caballería humillada, marginada por los progresos militares, y le ofrece unos papeles, unos programas para reconstituir su existencia. Una clase entera se entrega entonces a un «enovelamiento del mundo», por el juego de la *mímesis*»⁴. Como señala E. Gaucher «Una circulación mimética se ha instalado entre la novela y la vida»⁵.

Faltos de documentación histórica, llegaríamos confundir, como don Quijote, a personajes históricos y biografiados, como Pero Vázquez de Saavedra, don Pero Niño, Guillaume le Marechal, Lalaing, Boucicaut o Suero de Quiñones, con los señalados de ficción. Hay tal simbiosis entre ficción y realidad que personajes históricos inspiran a los personajes novelescos; y viceversa. Los frecuentes «pasos de armas» que se celebran en el siglo XV son un trasunto de las aventuras de los romans⁶.

El siglo XVI español prolongará el espíritu de aventura y hazaña caballerescas. Acabada la Reconquista con la toma de Granada, se prolonga con la Conquista del Nuevo Mundo. En la primera mitad del siglo XVI, tiene lugar el *boom* de los libros de caballerías publicándose más de cincuenta títulos en las mismas décadas de la fiebre de descubrimiento y conquista⁷. El delirio caballeresco de los últimos siglos medievales parece renacer en nuestra península de manera que los conquistadores buscan o esperan encontrar en las nuevas tierras la confirmación de las ficciones caballerescas⁸.

El motivo del *don contraignant* o *don en blanco* es un buen ejemplo del salto de la ficción a la realidad histórica. Este motivo, presente en la acción narrativa de los primeros romans del siglo XII⁹, logra un extraordinario protagonismo en el *Amadís de Gaula*¹⁰ siendo así bien conocido por Cervantes que lo utiliza para abrir y cerrar la Primera Parte de su *Quijote*.

Al principio, lo utiliza nuestro caballero para pedirle al ventero que lo arme caballero, al que ve como señor y castellano del castillo. Da lugar a una escena cargada de humor en la que el rudo ventero no sabe qué hacer ante el discurso caballeresco de nuestro andante caballero. Al final de esta Primera Parte, ante la necesidad de sacarlo de Sierra Morena, el cura y el barbero con la oportuna colaboración de Dorothea, haciéndose pasar por la princesa Micomicona, pasan a la ficción caballerescas para obtener de Don Quijote un *don en blanco* y, de esta manera, conseguir su propósito¹¹.

⁴ E. Gaucher, 1994: 555. «La vida caballerescas es una vida de imitación» (J. Huizinga, 1967: 106).

⁵ E. Gaucher, 1994: 557. **Para J. Huizinga ficción y realidad convergen en un juego festivo y caballeresco:** «La última Edad Media es uno de esos periodos terminales en que la vida cultural de los altos círculos sociales se ha convertido casi íntegramente en un juego de sociedad. La realidad es áspera, dura y cruel; por ende se la somete al bello sueño del ideal caballeresco y se edifica sobre este el juego de la vida» (1967: 121).

⁶ Cf. M. de Riquer, 1967: 52-99.

⁷ Los devotos y adictos a estas lecturas se encontraban en todas las capas y en los más variados grupos sociales. La reina Isabel, Carlos V, Diego Hurtado de Mendoza, Juan de Valdés, Ignacio de Loyola, Teresa de Jesús, el Inca Garcilaso, etc. La santa, aficionada desde la infancia a estas lecturas, llegó a componer un libro de caballería con su hermano Rodrigo, según su biógrafo del siglo XVI.

⁸ Cf. F. Carmona, 1993: 11-29 y 1994: 201-214.

⁹ J. Frappier (1972: 225-64); Ph. Ménard, (1981: 37-53); F. Carmona (1988: 427-436).

¹⁰ F. Carmona, 1995: 507-521 y 2004: 141-148.

¹¹ F. Carmona, 2005: 525-536.

Si con el ventero, podíamos observar una confrontación entre realidad y ficción, ahora encontramos la ficción hecha realidad narrativa con la escenificación que se lleva a cabo en la que no falta la interesada participación de Sancho. Cervantes llevando la ficción a la realidad, y viceversa, nos sitúa en esa frontera difícilmente delimitada entre ambas. Este pasaje no deja de evocar la contaminación novelesca de la realidad en las décadas y siglos que preceden a la famosa novela cervantina y a la que nos hemos referido.

Los libros de caballerías no se leen en la intimidad como la novela de nuestros días. Se lee en voz alta, se representa y escenifica. El *Quijote* era representado el mismo año de su edición en el nuevo continente (1607)¹². La literatura era dramatizada y *vivida*. Entretenía y enseñaba. En este sentido, los personajes protagonistas eran modelos de conducta y de comportamiento a seguir. No es extraño que el *don en blanco* pase de la ficción a la realidad. Así encontramos ejemplos curiosos y significativos de este motivo literario hecho realidad histórica al principio y al final de la batalla de Nájera (1367), según el relato de Froissart.

Antes de entrar en combate, Thomas Felton, gran senescal de Aquitania, consigue del príncipe de Gales el permiso para adelantarse hacia el enemigo recurriendo a la petición de un *don en blanco*:

Por la noche mi señor Thomas Felton se adelantó y *pidió un don* al príncipe. El príncipe, *que no sabía lo que quería*, le preguntó: «¿*Qué don queréis recibir?*» «Mi señor, os ruego *que me permitáis partir con mi hueste* y cabalgar delante y os prometo que cabalgaremos tan hacia delante que conoceremos la situación de los enemigos y en qué parte están acampados». *El príncipe concedió* muy gustoso esta petición y la agradeció mucho¹³.

La siguiente escena tiene lugar tras la batalla de Nájera. Con ayuda del Príncipe Negro, Pedro el Cruel ha obtenido la victoria. Su crueldad había quedado manifiesta con el asesinato de Leonor de Guzmán, la favorita de su padre con la que tuvo cinco bastardos los que, tras el crimen, necesitan lavar la deuda de sangre. Pedro, casado con Blanca de Borbón, no tardó en abandonarla y recluirla en prisión sustituyéndola por una concubina, María de Padilla. Tras sus batallas, asesinaba a los cautivos, hombres y mujeres, incluyendo a dos hermanos bastardos. Mató por su propia mano al rey de Granada que, derrotado, le pedía clemencia. Tras la batalla de Nájera, prisionera buena parte de la nobleza sublevada, era una buena oportunidad para los vencedores para obtener suculentos rescates. El Príncipe Negro, que conoce el comportamiento del rey, se teme lo peor. Para evitarlo, recurre al *don en blanco*:

El rey don Pedro se adelantó a hablar y dijo: «Querido y hermoso primo, os ruego por amistad que me entreguéis a los malvados traidores de mi país, a mi hermano bastardo Sancho y a los otros. Haré que les corten la cabeza, pues bien lo tienen merecido».

Entonces el príncipe reflexionó y respondió así al rey don Pedro que había hecho esta petición: «Señor rey, os ruego en nombre del amor y del linaje *que me concedáis un don*». *El rey don Pedro*, que nada le habría negado, *se lo concedió* y dijo: «Primo, todo lo que tengo es vuestro». El príncipe le dijo: «Señor rey, *os ruego que perdonéis vuestra ira a*

¹² I. A. Leonard, 1979: 297.

¹³ V. Cirlot y J. E. Ruiz Domenech, 1991: 229. El subrayado es mío.

vuestras gentes que se os han rebelado. Obraréis bien y con cortesía, y os quedaréis con mayor paz en vuestro reino. A todos, excepto a Gómez Carrillo con quien bien quiero que hagáis vuestra voluntad». El rey don Pedro concedió esta petición, aunque lo hizo de muy mala gana. No obstante, no se atrevió a negarse, pues sabía que mucho le debía. Y le dijo: «*Buen primo, os lo otorgo de buena gana*»¹⁴.

He destacado en cursiva las expresiones que nos remiten al protocolo que se sigue en la petición y concesión del *don*. En primer lugar, el demandante, en este caso el príncipe, lo solicita («Señor rey, os ruego [...] *que me concedáis un don*»); a continuación, la persona demandada lo concede, sin conocer lo solicitado («*El rey don Pedro [...] se lo concedió*»); en un tercer momento, el demandante manifiesta el contenido del *don* («Señor rey, os ruego *que perdonéis vuestra ira a vuestras gentes*»). Finalmente, el demandando consiente de buen grado o, como en este caso, a regañadientes porque se siente obligado por la concesión del *don* tomando así, en este caso, su carácter originario de *contraignant*¹⁵.

Una curiosa tentativa de utilización del *don* aparece en otro pasaje narrado por Froissart. El conde de Armagnac pretende que el príncipe interceda ante el conde de Foix para librarle del rescate que debía a éste y que ascendía a doscientos mil francos. El príncipe se niega a la petición del conde de Armagnac por tratarse de una deuda caballeresca y éste acude a la princesa que recurre al *don en blanco*:

«El conde de Armagnac [dice el príncipe] fue apresado por las armas en hermosa jornada de batalla. Nuestro primo el conde de Foix arriesgó su cuerpo y sus gentes contra él y si la fortuna fue buena para el conde de Foix y contraria para él, debe aceptarlo. Del mismo modo ni a mi padre ni a mí nos gustaría que nos rogaran devolver lo que tenemos por la bella aventura y buena fortuna que tuvimos en Poitiers».

Al oír esto el conde de Armagnac se decepcionó pues había fallado en sus intentos, pero a pesar de todo no desistió y se lo rogó a la princesa que de buen corazón rogó al conde de Foix que quisiera *otorgarle un don*. «Mi señora, dijo el conde, soy un hombre pequeño y un pobre caballero. No puedo ofrecer grandes dones, pero si el don que me pedís no vale más de cincuenta mil francos, *os lo concedo*». La princesa trató por todos los medios de que el conde de Foix *le concediera el don completo*, pero el conde que era prudente y astuto y que veía muy claro los asuntos temiendo que se tratara de la liberación del conde de Armagnac, se mantuvo firme en sus palabras y dijo: «Mi señora, bien debe bastaros el *don que os concedo*, pues soy un pobre caballero que construye villas y castillos». La princesa al ver que no le podía sacar más, le dijo: «Conde de Foix, *os ruego que concedáis gracia al conde de Armagnac*». «Mi señora, respondió el conde, ¿debo descender a vuestros ruegos? Ya os he dicho que *os concedo el don que me pedís* si no asciende a más de cincuenta mil francos, y el conde de Armagnac me debe doscientos mil francos». Así se quedó la cosa y el conde de Armagnac ganó por los ruegos de la princesa cincuenta mil francos¹⁶.

¹⁴ V. Cirlot y J. E. Ruiz Domenech, 1991: 255-256.

¹⁵ En la situación anterior con Thomas Felton no aparece la solicitud y concesión del *don* siguiendo con tanta fidelidad el protocolo como en este caso, pero no faltan los elementos requeridos: solicitud («Thomas Felton se adelantó y pidió un don»), desconocimiento de lo que se solicita («el príncipe, que no sabía lo que quería»), exposición de lo solicitado («mi señor, os ruego que me permitáis partir con mi hueste...») y concesión («el príncipe concedió muy gustoso esta petición»).

¹⁶ V. Cirlot y J. E. Ruiz Domenech, 1991: 313-314.

En este pasaje, la concesión del *don* se aleja de la magnificencia y generosidad a ultranza que caracteriza a los caballeros de ficción concediéndolo ciegamente y sin restricción alguna llegando a poner en peligro la propia vida como ocurre en el *Amadís de Gaula*¹⁷ o, a lo sumo, haciendo la salvaguarda del propio honor¹⁸. Aquí entramos en una situación real y teñida de escena de comedia en la que no falta una especie de regateo contrario al espíritu del *don en blanco*.

La princesa sabe que el *don* se concede caballerosamente a las damas como muestran las costumbres caballerescas a partir de Chrétien de Troyes y queda institucionalizado en la corte del rey Lisuarte por el *don* solicitado por la reina Brisena a todos los caballeros de la corte¹⁹. Por otra parte, la solicitud del *don* lleva consigo el desconocimiento inicial de lo solicitado y un efecto sorpresa para el demandado; pero, en nuestro caso, el conde de Foix, conoce o intuye el objeto de la petición lo que le permite hacer una restricción en la concesión del *don*; es decir, rebajar el precio convenido del rescate y cumplir, de alguna manera, con la princesa reduciendo en cincuenta mil francos la cantidad anterior.

En este pasaje hay una especie de *banalización* del *don*, debido quizá a que el recurso literario ha pasado a incorporarse, como fórmula de educación cortés, a la vida real.

El *don* es una expresión de la generosidad del caballero y no es extraño encontrarlo en el entorno del Príncipe Negro que se caracteriza por sus manifestaciones de largueza que, a su vez, la suscita en sus vasallos²⁰.

Ingleses y franceses aliados tratan con cortesía y generosidad a sus prisioneros:

No les obligaban a nada y sólo les preguntaban cuánto podrían pagar y con facilidad creían en lo que les decían. Y por lo general, afirmaban que no querían exigir a caballero o escudero tan alto rescate que no pudiera mantenerse según su condición, servir a sus señores y cabalgar por el país para hacer prosperar su honor²¹.

¹⁷ F. Carmona (1995).

¹⁸ Es lo que hace don Quijote ante la petición de Dorotea/Princesa Micomicona: «Yo vos *le otorgo y concedo* –respondió don Quijote–, *como no se haya de cumplir en daño o mengua* de mi rey, de mi patria y de aquella que de mi corazón y libertad tiene la llave». F. Carmona, 2005: 532-533.

¹⁹ «–Lo que vos demando en dones es que siempre sean de vosotros las dueñas y donzellas muy guardadas y defendidas de cualquiera que tuerto o desaguizado les hiziere. Y así mesmo que, si acaso fuere que aya prometido algún don a hombre que os lo pida, y otro don a dueña o donzella, que antes el dellas seáis obligado a complir; y así haziendo serán con esto las dueñas y donzellas más favorecidas y guardadas por los caminos que anduvieren [...]». J. M. Cacho Bleuca (ed.), 1991: 544-545.

²⁰ Tras la batalla de Poitiers, por su valentía en el combate, el príncipe de Gales le otorga quinientos marcos de renta al año a James Audley; éste, al llegar a su campamento, renuncia a favor de los cuatro escuderos que la habían ayudado en aquella jornada. El Príncipe de Gales, al enterarse, no se ofende sino que ante la valentía y generosidad de su vasallo garantiza la donación a los escuderos y añade seiscientos marcos para su generoso caballero. V. Cirlot y J. E. Ruiz Doménech, 1991: 168-169 y 172-173. El príncipe Negro por su cortesía con los vencidos y su generosidad con los suyos parece encarnar el modelo de conducta de los caballeros de Chrétien de Troyes o el de Guillermo de Dole en la novela del mismo título de Jean Renart.

²¹ V. Cirlot y J. E. Ruiz Doménech (1991: 170). El texto sigue contraponiendo esta conducta con la de los alemanes: «Entre los alemanes no es esa la costumbre ni la cortesía, pues no sienten piedad de ningún gentilhomme que caiga prisionero en sus manos. Exigían como rescate todo lo que tenían y más, y los encerraban en las prisiones más estrechas que podían para arrancarles mayor rescate».

Un ejemplo de sometimiento al valor caballeresco de la generosidad lo encontramos en el famoso pasaje de la rendición de Calais. Tras once meses de sitio, la ciudad abandonada a su suerte por el rey de Francia se ve obligada a rendirse sin condiciones al rey inglés y al príncipe de Gales. A pesar de lo costoso y largo que había resultado el asedio para los ingleses, accedió en un acto generoso a no masacrar a la guarnición ni a la población; como contrapartida, sin embargo, exigió que seis burgueses importantes se sacrificasen por sus conciudadanos. Conducidos por Gautier de Mauny, que había negociado la rendición de parte del rey, se presentan siguiendo la orden real en camisa, descalzos y con la cuerda al cuello, seguidos del pueblo que llora y lamenta la inminente ejecución. El rey, que está con la reina y el príncipe y rodeado de sus condes y barones, «les echó [dice Froissart] una mirada llena de furia pues odiaba mucho a los habitantes de Calais por grandes daños y contrariedades que desde tiempo le habían causado»²². Los burgueses de rodillas y con las manos juntas ofrecen las llaves de la ciudad al rey y le piden piedad y merced para con ellos. Todos los presentes enmudecen llenos de ternura y compasión. El rey con implacable cólera ordena la ejecución y hace oídos sordos de las peticiones de clemencia de la nobleza presente. El mismo Gautier de Mauny se dirige al rey apelando a su reconocido honor y magnanimidad ante el ejemplo de aquellos burgueses dispuestos al sacrificio para salvar a su pueblo. El rey le ordena que no insista ya que es justo que mueran por las muchas bajas que han tenido en el asedio. Cuando toda mediación parece perdida, interviene la reina:

Entonces la noble reina de Inglaterra que por su avanzado embarazo y sus lágrimas de ternura apenas se podía mantener en pie, intervino con toda humildad. Se postró de rodillas ante el rey su señor y dijo: «¡Ah! Muy querido señor, como bien sabéis, desde que he cruzado el mar con gran peligro para estar aquí, *no os he requerido ni solicitado ningún don*. Ahora os ruego humildemente y *requiero propiamente el don* que, por el hijo de santa María y por el amor que me tenéis, que concedáis el perdón a estos seis hombres».

El cronista comenta que el rey no pudo dejar de enternecerse y le dijo:

«¡Ah! Señora, hubiera preferido que no estuviérais aquí. Habéis pedido tan acertadamente que no oso negaros *el don que me demandáis*; y aunque sea a mi pesar, *tened, os los dono* y haced lo que os plazca»²³.

En este caso, se puede objetar que no hay una formalización del *don en blanco* como tal ya que el rey no lo concede ignorando el contenido de la petición. Sin embargo, el comportamiento de la reina y la respuesta del rey es difícil comprenderlo al margen del tradicional uso del *don*. El léxico utilizado no deja ninguna duda. El rey, a la petición de clemencia de Gautier de Mauny, ha respondido con enfado, ordenando la ejecución ya que hacerlo con media docena de hombres frente a las grandes pérdidas que ha sufrido le parece una muestra de clemencia («On fache venir la cope teste! Chil de Calais ont fait morir tant de mes hommes que il convient ceuls morir aussi»). En las peticiones de clemencia efectuadas hasta ahora no se ha hecho referencia a la

²² G. T. Diller (ed.), 1972: 846. El subrayado es mío.

²³ G. T. Diller (ed.), 1972: 848. El subrayado es mío.

solicitud del *don*. Lo hace ahora la reina: «je ne vous ai requis ne don demandet. Or vous prie je humlement et requier en propre don [...]». El rey responde con expresiones apropiadas a la concesión del *don en blanco* o *don contraignant* ya que se siente obligado a concederlo contra su voluntad. Así que empieza diciendo: «Ha! Dame, je amaisse trop mieuls que vous fuissies d'autre part». Y prosigue utilizando el léxico propio de la concesión del *don*: «[...] je ne vous ose escondire le don que vous me demandés; et comment je le face envis, tenés, je le vous donne [...]».

Si añadimos que el solicitante del *don* se pone de rodillas como hace la reina²⁴, que los caballeros están obligados a conceder a las damas el *don* que le pidiesen²⁵, y que en la solicitante se da la doble condición de reina y esposa amada; el rey Eduardo se ve, pues, obligado a cumplir la solicitud del *don*. Froissart sabe presentar la escena con todo su patetismo no quedando el corazón del rey insensible a las lágrimas de su esposa, pero el cambio de actitud del monarca viene facilitado por su sometimiento al código cortés en la concesión del *don*.

El encadenamiento de generosidad caballeresca del episodio anterior –la generosidad de los burgueses que ofrecen su vida por el pueblo suscita la de la nobleza, la de la reina y finalmente la del rey– aparece en la *Coronica del rey don Pedro* de Pero López de Ayala en un pasaje de la señalada batalla de Nájera. Cayó prisionero Bertrand du Guesclin, caballero poderoso y temible por sus victorias anteriores para el rey de Francia. El príncipe, tras oír el consejo, decide mantenerlo en prisión mientras dure la guerra antes que pedir un rescate por cuantioso que fuese ya que «mas valia perder cobdiça de los que podia montar su rendiçion que librarlo»²⁶. Cuando se comunicó esta decisión al prisionero, respondió lo siguiente:

–Dezid vos assi a mi sennor, el principe, que yo tengo que me faze Dios e el muy grand graçia, entre otros muchas honrras que yo ove en este mundo de caualleria, que mi lança sea ten temida que yaga ya en prision durante las treguas en Francia e en Inglaterra, e non por al, e pues assi es, yo tengo por honrada la mi prision, mas que la mi deliberaçion, e que sea çierto que yo gelo tengo en merçed sennalada, ca todos aquellos que gelo oyeren e supieren ternan que resçibo dende muy grand honrra, e el bien, e el prez de caualleria en esta va, ca la vida ayna pasa²⁷.

El príncipe tras pensar en esta respuesta, dijo:

–Verdad dize. Yd e tornad a el, e dezidle que a mi plaze de lo poner arrendiçion, e que la quantia que el dara por si sea tanta quantia quanta el quisiere, e mas non le demandare. E si una paja sola prometiere por si, por tanto le otorgo su deliberaçion.

En este caso, sobre el *don en blanco*, parece imponerse una especie de *cheque en blanco*. Sobre el valor económico del rescate, se impone una especie de pugilato caballeresco

²⁴ Don Quijote se postrará ante el ventero y Dorotea ante don Quijote, como hicieron los personajes del *Amadís* siguiendo la tradición cortés; cf. F. Carmona, 1995 y 2005.

²⁵ Recordemos el pasaje del *Amadís*, señalado en nota anterior, en el que la reina, por un *don en blanco* solicitado solemnemente al rey Lisuarte y a su corte de caballeros, obliga a todos conceder preferentemente el *don* a damas y doncellas; cf. J. M. Cacho Bleuca (ed.), 1991: 544-545.

²⁶ C. L. Wilkins y H. M. Wilkins (eds.), 1985. Cito por esta edición.

²⁷ C. L. Wilkins y H. M. Wilkins (eds.), 1985: 168.

sobre la honra que podía acarrear el comportamiento de cada uno. El príncipe piensa «ca por quanto menos salliesse, menos honrra leuaua, e que entendiesse mossen Beltran que non le detenia el príncipe por otro themor que del ouiesen los ingleses, e que el podia bien escusar sus dineros».

Cuando Bertrand escucha de nuevo al mensajero y todos esperan que se ponga en libertad con escasa cuantía, responde que aunque «pobre cauallero de quantia de oro e de moneda» con ayuda de sus amigos pone el precio de su rescate en cien mil francos de oro.

El príncipe quedó sorprendido de la cantidad tan elevada que se impuso. Y no fue menos sorprendente la respuesta de barones, señores y caballeros de Bretaña que enviaban un escudero con su sello «para que el los pudiese obligar en tanta quantia commo el quisiesse e para el tiempo que le fuesse demandado».

Cuando, ya libre, el rey de Francia se entera por el mismo Bertrand de la cantidad del rescate, dijo: «Yo so bien çierto que vos estos çiennt mill francos non los prometistes salvo en mi esfuerço, e yo quiero pagarlos por vos estos çiennt mill francos»²⁸. La largueza de Bertrand suscita la de la nobleza allegada a él y también la del mismo rey de Francia. Honor, nobleza y largueza inseparables en la literatura caballeresca lo son también en el comportamiento de estos reyes nobles aunque no de todos. El rey Pedro por su crueldad y tacañería, que no respeta ni los compromisos contraídos con el príncipe, cavará, según Froissart y López de Ayala, su propia fosa²⁹.

Paradójicamente, el Príncipe Negro será, de alguna manera víctima de su generosidad y confiada lealtad para con el rey Pedro que al no recibir las compensaciones por la guerra en España se verá obligado a poner unos impuestos que traerán su impopularidad y el ocaso de la hegemonía francesa en el sur de Francia.

Se podrá discutir la fidelidad histórica de estas y otras anécdotas narradas en las crónicas medievales, pero, en cualquier caso, expresan la simbiosis entre la historia y la literatura en esta época. La narrativa de ficción parece no permanecer como tal y querer vivir en la realidad histórica. Por una parte busca su destino en la dramatización y el espectáculo. Nobles y príncipes celebran fiestas, torneos o pasos de armas queriendo recuperar hechos y hazañas de los caballeros artúricos. A los pocos años de la publicación de la Primera Parte del *Quijote*, lo encontramos representado en América. En la Segunda Parte de la obra cervantina, encontraremos una festiva y burlesca representación en la que don Quijote y Sancho pasan a representarse a sí mismos, aunque involuntariamente, en los capítulos de la estancia de nuestro caballero con los condes. Es el fin teatral, dramático y mimético de la realidad de la narración cervantina.

La literatura caballeresca medieval era percibida como modelo de conducta con una función pedagógica. De la misma manera que la narración erótica del *Roman de la Rose* al *Decamerón* eran *artes de amar*.

²⁸ C. L. Wilkins y H. M. Wilkins (eds.), 1985: 169.

²⁹ Frente al comportamiento anticaballeresco de Pedro el Cruel contrasta el de Enrique de Trastámara que da lugar a su derrota por mantener el combate caballeresco en Nájera (V. Cirlot y J. E. Ruiz Domenech: 238-239).

El pasaje cervantino en el que Dorotea (princesa Micomicona) pide un *don en blanco* a don Quijote sigue la tradición caballeresca de la ficción literaria; de la misma manera, el príncipe Eduardo a Pedro I, la princesa al conde de Foix o Thomas Felton al príncipe. Es decir, ¿hasta qué punto Dorotea no sólo reproduce un tema de ficción literaria sino también un uso cortés establecido?

BIBLIOGRAFÍA

- Cacho Blecua, J. M. (ed.): *Garci Rodríguez de Montalvo, Amadís de Gaula*, Madrid, 1991, pp. 544-554.
- Carmona, F.: «Conquistadores, Utopía y Libros de Caballería», *Revista de Filología Románica*, 10, 1993, pp. 11-29.
- : «La épica medieval y la conquista de América», *Littérales*, 14, 1994, pp. 201-214.
- : «El motivo del *don contraignant* en la narrativa en verso de los siglos XII y XIII», en *Actes du XVIII Congrès International de Linguistique et de Philologie Romanes*, vol. VI, Tübingen, 1988, pp. 427-436.
- : «Largueza y don en blanco en el Amadís de Gaula», en *Medievo y Literatura*, Granada, 1995, pp. 507-521.
- : «Ideología de un motivo literario: el *don contraignant* o don en blanco en el Amadís de Gaula», *Cahiers de Linguistique et de Civilisation Hispaniques Médiévales*, 27, 2004, pp. 141-148.
- : «Amadís y Don Quijote: pervivencia del motivo medieval del *don contraignant* o en blanco», en *Actas del X Congreso Internacional de la Asociación Hispánica de la Literatura Medieval*, Alicante, 2005, pp. 525-536.
- Cirlot V. y Ruiz Domenec, J. E. (eds.): *Jean Froissart. Crónicas*, Barcelona, 1991.
- Diller, G. T. (ed.): *Froissart, Chroniques*, Ginebra, 1972.
- Frappier, J.: «Le motif du don contraignant dans la littérature du Moyen Age», en *Amour courtois et Table Ronde*, París, 1972, pp. 225-264.
- Gaucher, E.: *La biographie chevaleresque. Typologie d'un genre (XIII^e-XV^e siècle)*, París, 1994.
- Huizinga, J.: *El otoño de la Edad Media*, Madrid, 1967.
- Leonard, I. A.: *Los libros del conquistador*, México, 1979, p. 297.
- Ménard, Ph.: «Le don en blanc qui lie le donateur: réflexions sur un motif de conte», *An Arturian Tapestry. Essays in memory of Lewis Thorpe*, University of Glasgow, 1981, pp. 37-53.
- Poirion, D.: *Littérature française. Le Moyen Age. II. 1300-1480*, París, 1971.
- Riquer, M. de: *Caballeros andantes españoles*, Madrid, 1967.
- Sevilla Arroyo, F. y Rey Hazas, A. (eds.): *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, Alcalá de Henares, 1993.
- Wilkins, C. L. y Wilkins, H. M. (eds.): *Coronica del rey don Pedro*, Madison, 1985.